

nuestro país. No hay que olvidar que la lectura es un magnífico medio de crítica y ejercicio, principalmente en las nobles profesiones y todo aquello que se relaciona con el público a través de la palabra hablada y nada digamos de los hermosos ventanales de nuestros días, de la radio y de la televisión.

La palabra no tiene fronteras. La radiodifusión desempeña un papel importantísimo y se ejecuta al ritmo de la vida.

Más todavía cabe decir de la Televisión, con sonido, imagen e idea. Todo penetra en el hogar y en todas partes con lo que esto representa.

En los centros docentes debe imperar y fomentarse en lo posible y con sumo cuidado la lectura—que bien practicada exige una amplia cultura—por los beneficios que reporta para la mejor formación, a base, naturalmente, de buenos libros y de cultivar las más excelentes cualidades del hombre y del espíritu. La vida del espíritu viene a ser en definitiva nada más que la vida de la humanidad.

Hoy que tanto se propugna el hombre social en orden a un buen desenvolvimiento, hay que tener en cuenta que la lectura es totalmente imprescindible para él. Al hombre la lectura le orienta en el laberinto, en la complejidad político-administrativa de nuestros días.

Pero en la lectura hay que poner, como en toda actividad y si cabe más todavía, lo que esté de parte de quien la practica para que el resultado perseguido se alcance plenamente.

Se ha de sentir la lectura. Hay que dar sentimiento a la lectura. Así lo hacen los maestros de la palabra, que se identifican por completo con los sentimientos del autor.

No olvidemos nunca—por lo que concierne a la lectura artística—cuanto entra en función de la lectura y la regla de los maestros y los principios en que se fundan.

Relacionado con la oratoria—a la que ha dedicado el fino y laureado ensayista Pedro de Lorenzo espléndidos artículos—anotemos que actualmente se lee mucho más que se habla, incluso en ilustres y doctas Corporaciones. Es preciso constatar que cuando se lee se evitan no pocos riesgos y peligros de perderse o de no encontrar la palabra adecuada, precisa.

Con razón se afirma que el que sabe leer e interpreta bien la lectura con su verbo, con sus gestos y ademanes se gana al auditorio.

Los grandes lectores—España es país de eminentes oradores y lectores—, los que mejor ejercitan el arte de la lectura, hacen del mismo un espectáculo completo y singularmente emocionante.

VALERIANO GUTIERREZ MACIAS

Nuestros clásicos

Relación a la retirada que Carlos V, Emperador, hizo a Yuste

YACE en la valiente España
Un gran pedazo de tierra,
Dulce olvido de los hombres,
En la Vera de Plasencia.

Suelo de tanto deleite,
Que acreditara a un poeta
Que fingió el Elíseo campo,
A decir que fue en la Vera.

Aquí el temerario invierno,
De lástima o de vergüenza,
Del campo siempre florido
Dentro en sus huertas se encierra.

El noble Mayo detiene
El dudoso otoño atierra,
Y a más no poder corona
De nieve las altas sierras.

No que el yelo, humilde fuente,
Ate en nevadas cadenas,
Que en su imperio de cristal
Sin ley murmuran y reinan.

El seco abrasado estío
Sus ardientes llamas templa
Con el céfiro agradable,
Blando rey de las florestas.

No permite a la chicharra
Ronca voz, porque en la siesta
Mil cantores pajarillos
Alegremente gorjean.

El aire, entre alegres prados
Y entre las fuentes risueñas,
Con abanicos de flores
Mueve fresco y vierte perlas.

El otoño, de las plantas
Ladrón, y común afrenta,
Nunca se atreve a las hojas,
Porque tenga el viento lenguas.

Pródigo, esmaltados campos
Viste de verdes libreas,
Con pasamanos de plata,
Ríos que la hierba ondean.

Veréis los ricos vestidos
De escarchadas lentejuelas,
Que tal vez la variedad
Muda la naturaleza.

La primavera agradable,
Con florecillas, soberbia
Viste el tesoro oloroso
De la copia de Amaltea.

Sementeras de claveles,
Desperdicios de mosquetas,
Montes de jazmín, y rosas,
Más fragantes que azucenas.

Del campo y valle en los ecos
Dobladas las voces suenan
Del facistol de las aves,
Ya en canciones, ya en endechas.

Aquí, pues, donde el rigor
Del tiempo no se respeta,
Por ser alba todo el día,
Todo el año primavera.

Se vino el Emperador
Por gozar en esta tierra
Del cielo más favorable
Que cubre toda la esfera.

Llegó, pues, a Jarandilla,
Y después de estar en ella
Mucho tiempo, partió a Yuste
Y se encerró en una celda.

Está el convento de Yuste
Apartado siete leguas
De Plasencia, junto a Cuacos,
Hermosa y frondosa aldea.

San Jerónimo se llama,
Cuya religión estrecha
Entre estas blandas delicias
Vive en dura penitencia.

En él, hacia al Mediodía,
Con respeto de la iglesia,
Que espaldas le hace al convento,
Se labraron ocho piezas.

Para vuestra Majestad,
Ni son grandes ni pequeñas:
Tienen veinticuatro pies:
Las cuatro están en la huella,

Casi al mismo andar del claustro,
Y las otras cuatro dellas
Van bajando de una en otra;
Que por estar en ládera

El convento, el edificio
Fue obedeciendo a la cuesta,
De tal suerte, que parece
Que a la persona venera.

Estas piezas las dividen
Dos tránsitos que atraviesan
Desde el Oriente al Poniente,
Y en lo alto está una puerta

Que sale a una hermosa plaza,
Cuya máquina sustentan
Muchas valientes columnas
De muy bien labrada piedra.

En este sitio hay mil flores
Que vienen en competencia
De los naranjos y cidros,
De que está la plaza llena.

En medio tiene una fuente
Tan grande, que bien pudiera
La más arriscada nao
Temer furiosa tormenta.

El tránsito bajo sale
A una dilatada huerta
Poblada de varias frutas
Naturales y extranjeras.

Tienen estas ocho cuadras
Seis francesas chimeneas,
Y a la parte del Oriente
Una estufilla flamenca.

De aquí se sale a un jardín,
A donde la diligencia
Trujo de reinos extraños
Plantas y flores diversas:

Que por no ser naturales,
Una fuente, no pequeña,
Con cortesanías corrientes
Las raíces lisonjea.

Hay para los oficiales
Bastante sitio; escaleras
Descansadas, y ventanas
Que todo lo señorean.

Una tribuna que baja
A la iglesia, tan estrecha,
Que es como una sepultura
Voz viva, de tierra muerta.

Ya jardines y ya fuentes
Toda la ribera cercan
(esta es cifra de un alcázar),
Y por las ventanas mismas

Lanzas de cristal arrojan,
Y tanto el cuarto respetan,
Que si arriba suben púas,
Cuando bajan vuelven perlas.

Los animosos naranjos,
Cidros y limones trepan
Por meterse en las ventanas;
Y admirando las grandezas,

No del cuarto de su dueño,
Van diciendo en agrías lenguas:
«Grande celda para un fraile,
Corto albergue para un César».

El sitio es sano y templado,
El agua delgada y fresca,
Con mucho ganado el campo,
Los ríos con mucha pesca.

El viento lleno de olores,
Con mucho fruto la tierra;
Y en fin, todo es un milagro
Y un paraíso la Vera.

GABRIEL AZEDO DE LA BARRUEZA
Y PORRAS



Editada por los Servicios Culturales de la Excm. Diputación Provincial
de Cáceres, acaba de aparecer la obra:

«Siete ensayos sobre el Romanticismo español»

por PEDRO ROMERO MENDOZA

Premio Cartagena de la R. Academia Española

TOMO II

Anotada e ilustrada

Pedidos al autor: Antonio Hurtado, 2 - Cáceres, a Servicios Culturales
o a la Revista «ALCÁNTARA»

Páginas antológicas (1)

LAS RETAMAS

Vuelvo hoy a verte en este suelo, amante
de desiertos lugares de tristeza,
de afligida fortuna, siempre amiga,

LEOPARDI



ANTES podía cantarse con bien sonora lira;
ahora contarse su atropello con amarga
tristeza. En los senos de sus cerros y en el
regazo de sus cañadas, las retamas tejieron
sus bolas de verdura. Era una alfombra de
maravilla, en primavera, sobre aquel suelo ondulado,
destacando de su gualda florido sus recias copas las
encinas de bronceada eternidad. En sus medios, dos
charcas con las aguas limpias de la invernada, donde
acudíamos a echar el trasmallo y a yantar los hornazos
pascuales.

Atalayando el retamal en su dirección norte domi-
naba el cerrete más pomposo, coronado con una casilla
blanca—refugio de guardería—rodeada de espesas y altas
retamas, tan altas como su techumbre de roja teja ro-
mana. Más al fondo, el tope de la Sierra de Magacela,
encrestada con su iglesia, su castillo y sus peñones.
Casas y ollerías gateando por la fragosa falda empinada.
Y allá, en el horizonte, la serranía de Guadalupe con
su incierto gris azul lejano.

Sobre todo en primavera, el retamal era un encanto.
Brotaban sus flores, de un amarillo naranjado, que ex-
halaban su denso olor, embriagándolo todo. Verde olor
de verdura. Dilatado verde olor de amargura. El amar-

(1) FRANCISCO VALDES, escritor fino, estilista, que produjo bellas, magníficas y serenas páginas. viene hoy a esta sección antológica. Publicamos una de sus estampas: «Las retamas», de la que dijo nuestro eminente escritor José López Prudencio que contiene la mejor prosa escrita en los años de 1900 a la fecha en que la escribió su autor.